

PRECOLUMBIAN TAMAULIPAS

What Science tells us about precolumbian Tamaulipas

When Hernando Cortes achieved, about four centuries ago, the King of Spain, he used all his ability and power to overcome the Indians, to destroy their idolatry, and to secure the domination of his master. His only purposes were two fold: To extend the dominions of Charles the First, and to convert the highest number of infidels to the Roman Catholic Church. History tells us that, as consequence of every war of conquest, the civilization of the conquered was destroyed to put instead that of the conqueror or both combined, to give birth to a new one, thus contributing to the progress of the whole human family. But oldtime conquerors as the persians, asirians, macedonians, romans and barbarians, used to keep records of the civilizations they destroyed, substituted or combined. Neither Cortes, nor the good monks who accompanied him, nor his chronicle writers, took care of so doing.

When Cortés after having assured his possession of the Aztec Empire, extended his operations northward, 1521, he went as far as the Pánuco river region, near a city that was called Chila. Playing the roll of a diplomat, he tried to seduce the Indians by means of peacefull propositions, but these were not accepted, and he had to make war. After fighting several battles, many of which were very serious, Cortés left at the town "San Estoban del Puerto", Lieutenant don Pedro Vallejo, providing him with the necessary supplies for going on the conquest of those Indians. Several campaigns followed this first one, for it took over two centuries to establish the full Spanish authority in that part of the country, presently known as the State of Tamaulipas. No wonder if after such a long lapse of time, when Colonel Don José de Escandón, Count of Sierra Gorda, put a definite end to the conquest campaigns, his historian Orozco y Berra told that: "the tribes found in all that vast extension of land, when the whites went to settle there, were found naked, dispersed, barbar in their costumes, living upon hunting, and only very few small communities used to cultivate some cereals, and to live in miserable huts".

This was written at the end of the campaigns fought for the conquest of those poor Indians, and this the only words we can quote from the books of History about their former state of civilization. Two centuries of war and bitter persecution were undoubtedly enough to destroy any kind of traces of their precedent civilization. So the historian Orozco y Berra could not tell us anything, nor should we fill the blank left by the History by calling on our imagination. What shall we do? To take the only way left, it is to say: to ask from Archeology, what History has not. We are compelled to follow the way taken by prehistorical assayers: digging in search of ruins, and squeezing them for such an information as we cannot find anywhere else. Archeology is not able to furnish us with indisputable data (rather: we men, are not able enough to understand thoroughly the silent teachings of remote antiquity), but deduction often leads us to the most obtainable approximation to the real truth. For instance: if a piece of glass were found among Alaskan ruins, we would immediately understand that the most ancient inhabitants of that part of the world are not indebted of the phoenicians for the discovery of such a substance, for we know that the daring navigators never came to the western hemisphere.

TAMAULIPAS PRECOLOMBIANA

Tal como la Ciencia nos la pinta.

Hace cuatro siglos, cuando Hernán Cortés llevó a cabo la conquista de esta parte del Nuevo Mundo, para el Rey de España, empleó toda su fuerza y capacidades en vencer los indios, en destruir su idolatría, en consolidar los dominios de su soberano. Sus únicos propósitos fueron dos: extender los dominios de Carlos I, y convertir a la religión Católica, Apostólica y Romana, el mayor número de infieles. La historia nos refiere, que como consecuencia de toda guerra de conquista, la civilización del vencido se destruye para establecer la del vencedor en su lugar; o se combinaban ambas para dar nacimiento a una nueva, contribuyendo así al progreso general de la familia humana. Los conquistadores antiguos, como los persas, los asirios, los macedonios, los romanos, y los bárbaros, acostumbraban conservar constancias de las civilizaciones que destruían, substituían, o combinaban. Ni Cortés, ni los buenos monjes que lo acompañaban, ni sus cronistas, se tomaron el trabajo de hacer eso.

Cuando Cortés, después de haber asegurado su posesión del Imperio Azteca, extendió sus operaciones hacia el Norte, en 1521, avanzó hasta la región del río Pánuco, cerca de una ciudad que se llamaba Chila. Haciendo el papel de diplomático, trató de seducir a los indios con proposiciones pacíficas; pero éstas no fueron aceptadas, y tuvo que guerrear. Después de dar varias batallas, muchas de las cuales fueron muy serias, Cortés se retiró dejando en la Villa de San Estoban del Puerto, al teniente don Pedro Vallejo, provisto de las municiones y los materiales necesarios para continuar la conquista de aquellos indios. Varias campañas siguieron a esta primera, porque se necesitaban más de dos siglos para establecer definitivamente la autoridad española en aquella parte del país, que hoy día forma el Estado de Tamaulipas. Nada extraño es que, después de un período de tiempo tan largo, y cuando el coronel don José de Escandón, Conde de Sierra Gorda, puso fin definitivo a las campañas de conquista, su historiador Orozco y Berra consignara en su "Geografía de las Lenguas", que: "Las tribus que se encontraron en aquellas comarcas, cuando los blancos fueron a establecerse allí, se encontraban dispersas y desnudas, bárbaras en sus costumbres, cazadoras, y cuando más algunas parcialidades que sembraban poca semilla y vivían en miserables chozas."

Esto se escribió al final de las largas campañas que fueron necesarias para hacer la conquista de aquellos pobres indios, y éstas son las únicas palabras que podemos copiar de los libros de la Historia, acerca del estado precolumbiano de su civilización. El historiador Orozco y Berra no podía decirnos nada acerca de ella porque no la conquistó, ni tampoco ningún otro; y no hemos de recurrir a nuestra propia imaginación, como si fuera un colaborador obsequioso. ¿Qué haremos? Tomar el único camino que nos queda, es decir: preguntar a la Arqueología lo que la Historia nos calla. Nos vemos obligados a seguir el camino trazado por aquellos que estudian las épocas pre-históricas: cavar por todas partes en busca de ruinas, y ponerlas en prensa, junto con nuestro espíritu de investigación, para sacar de toda ello lo que no podemos encontrar donde debiera estar. La Arqueología no es bastante a proporcionarnos datos indisputables (más bien dicho: nosotros, los hombres, no tenemos el don de comprender a satisfacción de nuestra conciencia, las silenciosas lecciones de la antigüedad remota); pero la deducción nos guía conduciéndonos hasta lo más cerca de la Verdad Inconcreta, que no es dado alcanzar. Por ejemplo: